



*Real Academia de Legislación
y Jurisprudencia de Murcia*

DE FLORIDABLANCA A TRUMP PASANDO POR FRANCO (Bosquejo histórico de las relaciones hispano-estadounidenses)

Discurso leído el día 22 de mayo de 2025
en el acto de recepción como Académico de Honor del

EXCMO. SR. D. INOCENCIO ARIAS LLAMAS

y contestación de la

EXCMA. SRA. DÑA. ESPERANZA ORIHUELA CALATAYUD

MURCIA, 2025



**DE FLORIDABLANCA A TRUMP
PASANDO POR FRANCO
(Bosquejo histórico de las relaciones
hispano-estadounidenses)**

*Discurso leído el día 22 de mayo de 2025 en el acto de recepción como
Académico de Honor de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia
de la Región de Murcia por el*

EXCMO. SR. D. INOCENCIO ARIAS LLAMAS

y contestación de la

EXCMA. SRA. DÑA. ESPERANZA ORIHUELA CALATAYUD



**MURCIA
2025**

ISBN: 978-84-09-7307-5

Depósito Legal: MU 661-2025

Imprime: Stampacos

Impreso en España - Printed in Spain

SUMARIO

EL PARTO.....	9
EL 98: AMARILLISMO Y GUERRA.....	19
LAS GUERRAS MUNDIALES: EL LIBERADOR AHORA CONVINCENTE	25
LA NEUTRALIDAD	29
EL ROTUNDO PROTAGONISMO DE WASHINGTON	33
LA OTAN	35
LA GUERRA DE IRAK, VERDADES Y FALACIAS	39
AFGANISTÁN	43
UCRANIA: TRUMP Y NOSOTROS.....	45
BIBLIOGRAFÍA.....	51
Contestación al discurso de ingreso como Académico de Honor del Excmo. Sr. D. Inocencio Arias Llamas por la Excm. Sra. D ^a . Esperanza Orihuela Calatayud.....	53

DE FLORIDABLANCA A TRUMP PASANDO POR FRANCO (Bosquejo histórico de las relaciones hispano-estadounidenses)

Estados Unidos está a punto de celebrar doscientos cincuenta años de existencia. En ese período de tiempo se ha convertido en la mayor potencia política, económica, militar y cultural de la historia. El imperio británico del XIX, la Francia de Luis XVI, la España de Felipe II en cuyos “dominios no se ponía el sol” han tenido claramente menor relevancia global. Igual ha acontecido con la Rusia zarista o soviética o con las civilizaciones china o japonesa. Parece, en consecuencia, oportuno recordar que Estados Unidos es el único país del mundo a cuyo nacimiento ayudó España de forma no despreciable, con el que hemos mantenido nuestra última guerra y con el que posteriormente creamos una alianza que dura más de setenta años.

EL PARTO

La rebelión de las 13 colonias americanas frente a la monarquía británica estuvo en buena medida basada en una protesta por la carga fiscal que Londres imponía a sus colonias americanas (“no tax without representation” sería uno de los slogans). Las disposiciones denominadas Stamp Act y Tea Act, que gravaban abundantes operaciones comerciales y la venta del te, encaminadas a que las colonias ayudasen a sufragar los costes del mantenimiento del imperio y a salvar de la bancarrota a una compañía británica habían caldeado el ambiente. La Quartering Act que imponía a los colonos la obligación de proporcionar alojamiento y sustento a regimientos británicos aumentó la irritación palpable de aquellos.

Las primeras escaramuzas sangrientas tuvieron lugar en Lexington y en otros lugares cercanos a Boston el 19 de abril de 1775. El Congreso de esa provincia aprobó una resolución para crear un milicia de 30.000 hombres y pidió ayuda a otras colonias. En pocas fechas, Connecticut, Rhode Island y New Hampshire votaban enviar 9.500 soldados. Thomas Jefferson en su proclama “Declaracion de causas y necesidades para tomar las armas”, aunque aún no consideraba inevitable la ruptura del imperio, pregonaba que “el honor, la justicia y la humanidad nos prohíben renunciar a nuestra libertad” y concluía: “Nuestra causa es justa,. Nuestra unión es perfecta,. Nuestros recursos internos grandes; y, en caso necesario la ayuda exterior será sin duda alcanzable”. El otro signatario del documento, John Dickinson declaraba que las colonias no deseaban la independencia, “pero no admiten la esclavitud” e insinuaba que las colonias podrían recibir ayuda extranjera contra Londres. El abnegado Washington, futuro primer presidente, escribía al recién nacido Congreso: “Ninguna consideración pecuniaria me habría llevado a aceptar esta ardua tarea a costa de mi tranquilidad y felicidad familiares. No quiero obtener ningún beneficio y llevaré una cuenta exacta de mis gastos”.

La ayuda exterior acabaría llegando. La revolución de las colonias se insertó pronto en el largo conflicto europeo. Francia y España acababan de ser derrotadas por Inglaterra en la Guerra de los siete años, en la que Francia casi desapareció del continente americano, hubo de ceder Canadá a la corona británica y, en el juego de canjes, una buena parte de Louisiana a España. América había sido frecuente campo de operaciones en los sucesivos conflictos y tanto Inglaterra como bastantes prohombres de sus colonias americanas colegían que la ayuda exterior podía inclinar la balanza en uno u otro sentido. Aunque Londres trataba de evitar que la revolución americana se convirtiese en un conflicto mundial no vaciló en buscar ayuda en varios estados alemanes. El sabido que el conocido escritor germano Goethe ayudó a reclutar gente para Inglaterra.

Para las Cortes borbónicas de Francia y España parecía haber llegado el momento de la revancha aunque no faltaron los que cuestionaban que monarquías absolutas como las de los Borbones prestasen apoyo a una revolución contra un Rey. Francia no tardaría en dar el paso de alinearse a fondo con los insurrectos, España, como veremos, fue más cauta.

Los habitantes de las colonias tenían asimismo escrúpulos sobre el asunto. Franklin, escritor, inventor y diplomático, en Julio de 1775 declararía: “no hemos pedido ayuda a ninguna potencia extranjera ni ofrecido nuestro comercio a cambio de su amistad. Tal vez nunca lo hagamos pero hay que considerarlo si las circunstancias lo imponen”. Más aislacionista aún, John Adams, que sería el segundo presidente de Estados Unidos, olfateando los intereses de los rivales europeos de Londres, escribía: “Francia ha de entrar en cualquier caso en la guerra. Debemos evitar alianzas que nos arrastren a otras guerras en Europa!”. Sin embargo en el Congreso de las 13 colonias pronto empezó a abrirse paso la corriente que propugnaba que en momentos bélicos había que sofocar los remilgos de no tener alianzas, lo importante era arrastrar otras potencias a la guerra contra Inglaterra.

La decisión francesa fue rápida. El ascenso al trono de Luis XVI llevó al Ministerio de Exteriores al conde de Vergennes partidario de la causa americana. Los enviados americanos, Silas Deane y Arthur Lee fueron bien recibidos en París pero el triunfo americano en Saratoga (octubre de 1777) fue el desencadenante de la entrada de Francia en la guerra. No menos importante en el giro galo fue el enorme prestigio de Franklin que fue enviado a Francia a reforzar los dos enviados mencionados para defender, con éxito, la causa de los patriotas americanos. Su popularidad era real en Francia y en muchas naciones europeas y el encuentro del genio americano con Voltaire fue una

escena muy comentada en los corrillos políticos del continente. John Adams rememorando en 1811 los años de la revolución relataba que aunque en la mitificación del personaje había artificios y exageración, el hecho es que su fama era universal, mucho más que la de Newton, Leibnintz o Voltaire, “su nombre resulta familiar para los gobiernos y la gente, para la nobleza y el clero, para los plebeyos hasta el punto de que habrá pocos campesinos o ciudadanos, cocheros o pinches de cocina a los que no les resulte familiar su nombre y no lo consideren amigo de la humanidad”. La parrafada es ciertamente hiperbólica pero ilumina sobre lo que se pensaba de Franklin y por qué tuvo éxito su misión ante la corte de Luis XVI.

Vergennes fue muy influenciado por Beaumarchais, el conocido autor de *Las bodas de Figaro*, un empedernido intrigante, un hábil propagandista defensor a ultranza de los americanos. En su comunicación al Congreso americano declaraba: “Vuestros enviados encontrarán en mí un amigo leal, asilo en mi casa, dinero en mis cofres y todos los modos posibles para facilitar sus operaciones, tanto las públicas como las privadas”.

El comediógrafo montó un sistema de suministros para el bando americano (“voy a crear una compañía privada para enviar ayuda a su amigo en forma de pólvora y municiones a cambio de tabaco”, escribió a Arthur Lee), dirigió varios memoranda a su rey (“Creo, Señor, que esa nación será invencible”) y protagonizó operaciones comerciales involucrando a España, en alguna de las cuales su reputación salió dañada (“El millón perdido”): el activista autor nunca aclaró si las mercancías que proporcionaba eran un regalo, como creía su interlocutor Arthur Lee o una venta que sería pagada al final de la contienda como apuntó el enviado americano Deane.

El tema se zanjó con la segunda interpretación pero todo se complicó al recibir Beaumarchais, con destino a los patriotas, una ayuda de los Reyes de Francia y de España de dos millones de libras seguida de otro millón en 1777. Cuando concluyó la contienda, el gobierno de la nueva nación, a la hora de saldar la deuda, creyó descubrir que Beaumarchais, aventajado precursor de los ERES andaluces de nuestra democracia, había “distruido” un millón de libras de las cantidades entregadas por los dos reyes Borbones. (El autor antes de su aventura americana había sido privado de sus derechos civiles por el Parlamento francés acusado de intentar sobornar a un juez). El pleito se alargaría durante años y el dramaturgo se dirigió en 1795 al pueblo americano: “Americanos, os he servido con celo incansable; no he recibido nada sino amargura como recompensa, muero como acreedor vuestro”.

Francia reconoció a Estados Unidos en diciembre de 1777 y semanas más tarde en enero firmaba cuatro tratados con el nuevo gobierno americano.

Cautela y vacilaciones de España

Los esfuerzos iniciales británicos para llegar a un entendimiento con los rebeldes habían empujado a Francia a entablar negociaciones precipitadas con los americanos sin esperar a su aliado, es decir a nosotros. El triunfo americano en Saratoga hizo creer a Vergennes que perdía el tren: “La potencia que reconozca primero la independencia de los americanos será la que recogerá los mayores frutos de esta guerra” argumentó siguiendo a Beaumarchais.

España consideró en los momentos iniciales que Francia se precipitaba. Grimaldi, hombre fuerte del gobierno de Carlos III, había manifestado que los derechos de los soberanos en sus territorios respectivos “deben ser considerados sagrados, y el ejemplo de una rebelión es demasiado peligroso para permitir que Su Majestad desee asistirle públicamente”.

Como señala la catedrática de la Complutense Sylvia L. Hilton los consejeros de Carlos III estaban divididos, unos pensaban como Grimaldi que el desafío a la legitimidad monárquica y colonial demandaba solidaridad con Inglaterra. Otros vieron una oportunidad de oro para alcanzar la anhelada revancha contra la potencia británica.

Todos ellos tenían muy presente, incluido Floridablanca, el contagio a la América española, el efecto dominó que apoyar la causa de los insurrectos del norte americano podría tener en nuestras numerosas colonias o provincias de aquel continente.

Reglá apunta que Floridablanca, que sucedió a Grimaldi, era partidario de una neutralidad benévola mientras que Aranda se mostraba más proclive a los postulados de los independentistas americanos. Javier Guillamón señala que si Floridablanca tuvo muy claro desde el principio apoyar a los rebeldes apostó por una extrema prudencia¹. Aún después de Saratoga era reacio a entrar abiertamente en la pugna aunque aportó ayuda secreta y refugio al corso americano. Aún así, su preocupación se centró en Europa deseoso de recuperar Menorca y Gibraltar. Los británicos hacían insinuaciones veladas sobre la posibilidad de devolver estos territorios.

1 Guillamón Álvarez, Javier, catálogo de la exposición “FLORIDABLANCA. A la sombra del Rey”. T. II Estudio. Murcia. 2019.

El catedrático murciano aporta otro interesante dato que traduce una comprensible desconfianza española hacia Francia: El embajador ruso Zinoviev explica a Catalina la Grande: “Floridablanca a su llegada al Ministerio se dio cuenta de la dependencia completa en que se encontraba su Corte respecto a Francia, llegaba hasta el punto de que nada podía tratarse en el gabinete de España sin dar expresa cuenta de ello a Versalles”. (Resulta un precedente curioso de la sumisión durante la Guerra fría de los países del pacto de Varsovia a los a los dictados de la Unión Soviética). Prosigue Guillamón concluyendo que “incluso los embajadores de España en el extranjero tenían orden de conformar su conducta a la de los ministros de Francia”. Floridablanca decidió desde el primer momento acabar obsesivamente con esta supeditación ...; esta testarudez no pasaba desapercibida a la Corte de Versalles que esperaba el momento “de hacer caer a un Ministro tan poco devoto de sus miras”. La llegada del duque de Vauguyon como Embajador tenía como objetivo desacreditar al murciano.

Isidro Bango e Ismael Gutierrez, en la citada obra, abundan en que Carlos III sentía recelos de unas colonias que buscaran independizarse en contra de la soberanía de su rey. Pero, explican, “Floridablanca sabía que tarde o temprano la guerra nos iba a afectar bien por los tratados con Francia o bien por la proximidad de los escenarios bélicos con nuestras posesiones americanas”. Con todo, su mayor preocupación era que no contábamos con una marina y un ejército suficientemente bien preparados. Durante un año, Floridablanca pretendió abrir negociaciones de paz con los contendientes mientras que en secreto suministraba una gran ayuda a los rebeldes y sus astilleros trabajaban a todo ritmo para poder ampliar la flota. Lo explica al rey cuando España se dispone a declarar la guerra a Inglaterra: “lo que conviene observar es, que en más de año que duraron las negociaciones de mediación, puso vuestra majestad su marina, así en Europa como en América, en estado de defender sus dominios, y de ofender a sus enemigos, en caso de rompimiento, de un modo que jamás se había visto en España”.

Otros autores, entre ellos el americano Parker Thompson arguyen, al considerar la prudencia inicial, que España estaba aún en guerra con Portugal y un conflicto con Inglaterra daría la oportunidad a los buques británicos de atacar a España desde Menorca, Gibraltar y Portugal, lo que podría acarrear también el bloqueo de los puertos americanos de España.

La obsesión con evitar dar publicidad a nuestra ayuda significó que el encuentro histórico entre el primer enviado de Estados Unidos Arthur Lee, mi-

nistro consejero de Franklin en París, con Grimaldi tuviese lugar en Burgos y Vitoria. Grimaldi, como primer ministro de Carlos III, había sido sustituido por Floridablanca lo que daba una excelente cobertura para ausentarse de Madrid.

A la entrevista, como consejero e intérprete, asistió el comerciante vizcaíno Diego de Gardoqui que bastante más tarde sería ministro plenipotenciario español en Washington. Lee pidió la formación de una alianza. Gardoqui argumentó: “usted ha considerado su situación y no la nuestra. Aún no ha llegado el momento. Hay guerra con Portugal. Nuestros barcos del Tesoro aún no han llegado de America del Sur. Esto no nos permite declarar tal alianza inmediatamente. Esas razones cesarán antes de un año y entonces será el momento”. Le dieron garantías de que los colonos serían eficazmente ayudados a cambio de que guardasen el secreto.

Lee no consiguió el reconocimiento diplomático pero obtuvo éxito en el terreno práctico, en la ayuda material. Al indicar el americano que lo urgente era conseguir mantas para la tropa, Gardoqui hizo un viaje relámpago a Béjar y Palencia donde adquirió 8.000. No mucho más tarde barcos fletados por el hombre de negocios vizcaíno transportaron a las colonias americanas municiones, sal, botas, lonas para tiendas de campaña etc...

Se calcula que a lo largo de la contienda sólo la casa Gardoqui envió 215 cañones de bronce, 30.000 mosquetes, 30.000 bayonetas, 51.314 balas de mosquete, 300.000 libras de pólvora, 12.868 granadas, 30.000 uniformes y 4.000 tiendas de campaña.

Una carta de Vergennes al Conde Armad de Montmorin su Embajador en Madrid es bastante elocuente acerca del ansia francesa sobre el envolvimento de España: “Debe insistir ante el ministro que el interés de España en esta materia es como mínimo diez veces mayor que el nuestro... Si por medio de una guerra incluso algo desventajosa logramos separar a los ingleses de sus colonias no debemos lamentar haber entrado en el conflicto. No se puede perder más tiempo. Si, contra lo deseable, despreciamos la mejor coyuntura que el Cielo podría ofrecernos, los reproches de esta generación y de la posteridad nos acusarán para siempre de indiferencia culpable”. (13 diciembre de 1777).

Los americanos siempre quisieron ganarse a España porque nunca confiaron en que la marina francesa, por sí sola, sería capaz de dar cuenta de la británica.: “Si los españoles unen sus flotas a las de Francia y comienzan las hostilidades, mis dudas se desvanecerán. Sin ello, temo que la Marina británi-

ca tiene suficiente fuerza para anular los planes de Francia” (carta de George Washington al gobernador Morris de octubre de 1778).

Floridablanca tardó aún en entrar en guerra. Jugaba, para ganar tiempo, con la oferta de su sincera o fingida mediación entre los británicos y los colonos americanos mientras Londres trataba de engatusarlo con equívocas insinuaciones sobre la recuperación de Gibraltar.

Mientras tanto, España abría otra vía de asistencia a los americanos en Louisiana. Un enviado del lugarteniente de Washington solicitó ayuda al gobernador español de la colonia, Unzaga, al estar bloqueados todos los puertos por la Armada británica. El río Mississippi era vital. En su carta para calmar las aprensiones españolas, el yanqui afirmaba que cuando las colonias consigan su independencia “nadie debería temer que molestaran a otro poder” ya que su tendencia, situación y circunstancias del momento le obligarán a dedicarse a la agricultura y a un comercio libre. El gobernador Unzaga utilizó una treta ingeniosa para despistar a los ingleses dado que España era aún neutral, encarceló al enviado americano mientras entregaba a su ayudante miles de libras de pólvora que más tarde salvarían Fort Pitt.

La llegada del joven Gálvez al gobierno de la Louisiana significaría un claro aumento de la ayuda a los rebeldes americanos. Gálvez:

- envió abundante suministros a Washington, uniformes, mantas quinina.
- convirtió a Louisiana en refugio para cientos de americanos que huían de los ingleses al otro lado del río.
- realizó labores de espionaje a los americanos.

Finalmente el cauto Floridablanca hubo de dar el paso; el rechazo de la mediación española, ataques de corsarios ingleses al pabellón español, la persistencia del proamericano conde Aranda y el remoloneo de los ingleses en el tema de Gibraltar llevaron al cambio de política. España retira al Duque de Amodóvar (abril 1779) y la guerra se inicia dos meses más tarde. Los Estados Unidos enviaron a España a John Jay (enero 1780) como representante diplomático. Sus objetivos consistían en el reconocimiento de la independencia, asegurar una alianza militar y la concesión del derecho a navegar por el Mississippi hasta el mar. Floridablanca escribió: “Sus dos intereses eran: España, reconoce nuestra independencia; España, danos más dinero”. Jay obtuvo la ayuda, una verdadera alianza con España, no. De ahí que España no garantizase la navegación por el Mississippi para después de la guerra.

En los despachos a su gobierno, el americano indicaba que: el pueblo español tiene una ignorancia completa de nosotros (“are in almost total ignorance about us”), el rey y el ministro son amables, la nación fría (“the king and Ministry are warm, the nation is cold”). En otro, relatando una larga entrevista con Gardoqui concluía que España ponía un elevado precio por su magra ayuda.

Jay pasó un par de años en España. Se le dio siempre la condición de agente oficioso algo que él consideró un status vergonzoso. Su pretensión maximalista era que España concediese a la nueva nación la libertad irrestricta de navegación por el Misisipi: “Los Americanos, casi si excepción, creen que el Dios todopoderoso ha hecho ese río para que los habitantes de su parte superior puedan navegar hasta el mar”, arguyó ante Gardoqui.

Si Jay encontraba tibia en su conjunto la actitud española, menos éxito tuvieron él y otros delegados en Europa. No hubo reconocimiento de parte del rey de Prusia, tampoco hubo éxito en la Corte de Viena, no fueron recibidos en Toscana ni se halló simpatía en Catalina de Rusia. Franklin despotricaría rabioso contra la política de enviar emisarios sin tener indicaciones de que serían bien recibidos: Un estado virgen, razonaría con sequedad, “debería preservar su estado virginal y no ir mendigando alianzas”.

La monarquía española prestó otro servicio crucial a la causa americana. Gálvez derrotó militarmente y en acciones decisivas a los ingleses, capturó Mobile y logró la decisiva toma de Pensacola que daba a la joven nación americana la seguridad de sus fronteras en el suroeste y en el oeste (mayo 1781). El joven militar fue un convencido partidario de las tesis americanas lo que, por cierto, no ha sido debidamente reconocido por los historiadores estadounidenses.

El desgaste creciente de los británicos decidió al gobierno británico a iniciar contactos separadamente con los rebeldes y con los franceses. Los norteamericanos, más proclives a alcanzar un acuerdo si este garantizaba su independencia, firmaron con Londres un tratado preliminar de paz (septiembre 1782) lo que iba en contradicción de lo acordado con Francia en 1778 que impedía celebrar la paz por separado. Según Sánchez Barba, al romperse por iniciativa personal de Jay (que negoció) la alianza tripartita, “no cabe la menor duda de que Inglaterra adquiriría la iniciativa diplomática” en los planteamientos de la paz.

En el acuerdo anglo-norteamericano se reconoce la independencia. En él y ante la insistencia de Jay, que no de Franklin más interesado en conseguir Canadá, Londres decidió regalar a los EE. UU. todos los territorios que iban de los Apalaches al Misisipi, obsequio en buena medida gratuito pues la ma-

yor parte de ese territorio estaba en poder de los españoles. Esto causó cierta alarma en la Corte de Madrid.

La paz se firmó en Versalles en 1783. En realidad, no puede concluirse que España saliera diplomáticamente malparada de la guerra. Es cierto que no se logró Gibraltar, pero se recuperó Menorca, se conservaron Louisiana y toda Florida y se nos reconocía el dominio absoluto sobre ambas orillas del curso inferior del Missisipi. Floridablanca calificó la paz como “la mejor para España desde hacía dos siglos”.

Puede concluirse que la ayuda española no es considerada debidamente en los libros de texto estadounidenses lo que no ocurre con la francesa. Los autores yanquis, Henry Steel y Richard Morris deslizan incluso (“The Spirit of seventy Six”. Edt. Harper and Row) que España en aquella ocasión se alió más con Francia que con los patriotas.

Esto puede obedecer no sólo a que nuestro aporte fue visiblemente inferior al francés, según algunos americanos nuestro montante en subvenciones fue la quinta parte del galo y en prestamos aún más reducido, sino a que la obsesión oficial española por ocultar que estábamos prestando asistencia a los rebeldes ha contribuido a convertir todo el involucramiento en menos visible. Buen ejemplo del sigilo es el eco pobretón que tuvo en nuestra prensa la declaración de independencia americana en 1776. Apenas reflejó el acontecimiento. Informaba de pasada y sin darle importancia por pernicioso que podía ser el ejemplo. La Gaceta de Madrid del 27 de agosto, ocho semanas después de la declaración, diluida y apenas perceptible entre otras noticias, reseña que “el Congreso ha declarado independientes de la Gran Bretaña a las 12 colonias unidas, formando para cada una un gobierno particular mientras se planifica un sistema de Regencia común a todas”.

Sobre el alcance de la ayuda española a Estados Unidos hay discrepancias. Podemos resumirla así:

- a) ayuda directa económica. Fue difícil fijarla a la hora de ser reembolsada por el nuevo estado. (España había puesto enorme empeño en dejar pocos documentos firmados). Godoy aceptó generosamente saldarla por 250.000 dólares.
- b) indirecta. El provecho que obtuvo el ejército mandado por Washington fue considerable al “fijar” España un número no despreciable de tropas inglesas tanto en Europa como en diversos lugares de América.
- c) Gálvez expulsó a los ingleses de Florida y guardó las espaldas de los independentistas).

EL 98: AMARILLISMO Y GUERRA

En 1898 comenzó todo: Estados Unidos entra en la escena mundial. La, para algún político yanqui de la época, espléndida guerrita (“the splendid little war”) de ese año alteró la historia del mundo. La guerra hispano-norteamericana deviene, en efecto, un momento decisivo en la historia de España y, significativamente, en la de Estados Unidos. Es el certificado definitivo de la defunción de nuestro país como gran potencia; por el contrario, marca el nacimiento de Estados Unidos como coloso con el que habrá que contar.

El país americano había crecido enormemente. A lo largo del siglo XIX Estados Unidos aumentó su territorio de forma espectacular. De un lado utilizando sin vacilar el talonario de cheques. El siglo XIX es un despliegue pasmoso de los millones de kilómetros cuadrados que las 13 colonias fueron consiguiendo mediante compra, con frecuencia en bonos del gobierno.

Adquiere:

- Louisiana en 1803 a Napoleón. Con lo que duplicaba su extensión
- Florida en 1819 a España
- Alaska en 1867 a Rusia

De otro, usando las armas, para algunos de forma aviesa, como la guerra con Méjico de mediados del siglo XIX.

El detonante en esa ocasión fue Tejas, parte de Méjico desde la independencia de este país. Los colonos de Estados Unidos que España había permitido entrar para colonizar el territorio, política que siguió Méjico, se declararon independientes.

En un primer momento los Estados Unidos rehusaron aceptar la anexión que los nuevos dirigentes tejanos solicitaban. El intento de Méjico de recuperar la soberanía sobre Tejas con incidentes bélicos como el del Álamo (hay un film financiado, dirigido e interpretado por John Wayne con una visión rosada del tema) despertó la sensibilidad y la voracidad de la opinión pública y de

dirigentes estadounidenses que esta vez sí, nueva muestra del expansionismo americano, procedieron a absorber Tejas.

El presidente Polk envió tropas a una zona disputada de la frontera y cuando sus efectivos fueron atacados acusó a Méjico de derramar sangre estadounidense en territorio estadounidense. Siguió una guerra que el general y futuro presidente Grant, que años antes luchó en ella, calificó de “la más injusta de la historia contra una nación más débil”. La contienda duró dos años (1846-48). Las tropas de EE. UU. invadieron Méjico y se apoderaron incluso de la capital. En el Tratado de Guadalupe Hidalgo, Méjico renunciaba a Tejas, reconocía la frontera de Río Grande y vendía California y Nuevo Méjico por 15 millones de dólares.

La guerra fue alimentada por la doctrina del “destino manifiesto” una idea aparecida en una revista en 1845 y que hizo fortuna en la clase política. Desarrollaba el derecho divino del pueblo de los Estados Unidos a ocupar “todo el continente americano para el libre desarrollo de nuestra creciente población”. La idea sería utilizada en el Congreso por los expansionistas en varias ocasiones (debate sobre la adquisición de Oregon, etc...).

Volvamos al conflicto con España de 1898; se le ha llamado “la guerra de los periódicos” o de los corresponsales. Existen, en efecto, pocos conflictos en que la prensa haya jugado un papel tan determinante en su desencadenamiento. En España hubo un desconocimiento total de lo que significaba el incipiente poderío naval de Estados y de lo que era luchar una guerra a tal distancia.

Una pluma tan autorizada como la del antiguo presidente de la I República Emilio Castelar dio una muestra suprema de papanatismo e ignorancia: “todo el mundo sabe lo mal dirigidas que están las escuadras yankees, todo el mundo sabe la composición abigarradísima de sus tripulaciones que cuentan desde portugueses hasta chinos; ...marinos por el deseo de la merced y el lucro, ... con escasas condiciones militares” (“La Ilustración artística”).

Castelar había sido jefe de su partido, diputado, historiador, gran viajero internacional. “Se le suponían por lo tanto”, apunta David Solar, “conocimientos y responsabilidad”.

Del lado estadounidense, la agresividad de los periódicos neoyorquinos alcanzaría cotas desconocidas; su amarillismo, belicosidad y demagogia unidos a la desenfrenada lucha por el mercado provocarían literalmente la guerra.

Dos empresarios periodísticos, Pulitzer (“The World”) y Hearts (“The Journal”), personaje este último reflejado en el film “Citizen Kane” de Orson

Welles, enzarzados en una batalla sensacionalista, encontraron en la rebelión cubana contra España un filón para aumentar las tiradas. Los corresponsales de los periódicos rivalizaron en inventar acontecimientos y hechos de guerra que nunca existieron así como innumerables atrocidades de los españoles. The World clamaba: “es hora de que el gobierno se despierte y vea que tenemos una Armenia en nuestra puertasLa intervención es un deber”. Hearst que había contratado a Remington, el mejor ilustrador de la época para cubrir desde Cuba el esperado conflicto, cuando el artista telegrafió desde la isla que no descubría ninguna actividad armada el magnate periodístico contestó, “usted proporcione los dibujos y yo proporcionaré la guerra”.

La duración de la lucha contra los insurrectos y la actitud de Estados Unidos llevó al gobierno de Sagasta, con reticencias de grupos políticos y del lobby textil catalán, a conceder la autonomía a Cuba (octubre 1997) e incluso a Puerto Rico, “donde reinaba la paz y la prosperidad” (Fernández Almagro). La autonomía creaba una constitución colonial, sufragio universal e igualdad de derechos de los residentes con los de España. El ambiente, sin embargo, lo siguió caldeando la prensa neoyorquina y dos incidentes acabaron eliminando la neutralidad que aparentaba mostrar el gobierno de Washington.

El primero fue la carta de De Lome, ministro de nuestra embajada en Washington, en la que tachaba al presidente McKinley de politicastro propenso a adular al populacho. La carta a un amigo en Cuba era privada, el diplomático no había hecho ni haría ninguna declaración en público en ese sentido pero fue interceptada, vendida a un periódico, y en la prensa yanqui, con un alboroto absurdo por ser una misiva privada, se la consideró un insulto incalificable. De Lome dimitió pero los ánimos no se aplacaron.

El Maine

Llegó entonces el incidente del Maine, un barco de guerra estadounidense que, atracado en La Habana en visita amistosa, voló por los aires causando la muerte de 266 de sus tripulantes. Hasta la fecha, como reconocen la generalidad de los historiadores estadounidenses no hay la menor prueba de que España fuera la autora de la explosión y han aumentado los que dicen que probablemente España no tuvo nada que ver con las catástrofe. Con todo, sin la menor evidencia, The Journal tituló a toda página “El Maine partido en dos por una maquina secreta infernal del enemigo”. Nuestro gobierno ofreció

incluso que una comisión internacional diera su opinión, sin embargo, los alaridos mediáticos en Estados Unidos se multiplicaron.

“Recordad el Maine” fue un slogan muy difundido en esas fechas, un grito de guerra.

El Congreso de los Estados Unidos aprobó una Resolución conjunta manifestando que la situación en Cuba era “un desdoro para la civilización cristiana”... y exigía que el gobierno español “renuncie a su autoridad y gobierno en Cuba y retire de allí sus fuerzas terrestres y navales”.

La influencia determinante de los periódicos y el hecho luctuoso del Maine están tratados profusamente en “The correspondent s war” de Brown, en “El enigma del Maine” de A. Remesal y en “El 98 de los americanos” de J.M Allendesalazar”. Vease bibliografía.

España recibió un ultimátum de tres días. F. Almagro concluye que cualquiera que “fueran las culpas anteriores el gobierno español “no pudo proceder, en el angustioso planteamiento de Estados Unidos, con mayor corrección, prudencia y dignidad”.

Incapaz España de aceptar una humillación de ese tipo, siguió una guerra en la que nuestra escuadra de Filipinas fue aplastada por el almirante Dewey y el almirante Cervera, obedeciendo órdenes de Madrid con las que no comulgaba por ser consciente de la aplastante superioridad naval americana, sufrió parecida suerte en Santiago de Cuba donde estaba repostando.

La guerra se saldó con el Tratado de París de 1898 en el que España cedía Cuba, Filipinas Puerto Rico y Guam. Los dos últimos fueron anexionados por Estados Unidos y en los dos primeros permanecieron varios años (en Cuba manejando los hilos con la Enmienda Platt y en Filipinas hasta 1946).

Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia, diplomático que fue miembro de la delegación española que lo negoció apunta en “Palique diplomático” (Ed. Cuadernos del laberinto) que el gobierno español pudo y “debió evitar la guerra y que nos llevó a ella, sin adecuada preparación militar ni diplomática y loca temeridad, empujado por los periódicos liberales que en atizar el fuego emularon a la prensa amarilla americana.”. Segismundo Moret le confesaría más tarde que el se había opuesto a “semejante locura” y que no dejó el gabinete por no provocar una crisis en esos momentos.

La delegación la presidió Eugenio Montero Rios, presidente del Senado y prócer del partido liberal pero que, sigue el autor, “no tenía cabal idea” de lo que debía ser la negociación del Tratado, que no se trataba de un pleito ordinario y que EE. UU. estaba decidido a imponer sus condiciones. “En Madrid

se hacían muchas ilusiones” con las que no comulgaba D. Wenceslao que consideraba perdidas Cuba, Puerto Rico y la totalidad de las Filipinas. Montero no hablaba inglés y no dejaba que sus colaboradores en la Comisión hablaran fuera de las sesiones con los yanquis.

Montero no entendió que no había previsto arbitraje. En caso de desacuerdo el dilema, entonces, sería “la sumisión de los vencidos o la reanudación de las hostilidades”. Hubo ultimátum sobre la no asunción de la deuda de Cuba y sobre la entrega de todas las Filipinas (en un primer informe los yanquis se contentaban con Manila y Luzón pero a McKinley se le despertó “el destino manifiesto”) y las compraron por veinte millones de dólares. Montero y dos miembros votaron en contra de acceder a las exigencias americanas. Abárzuza y Wenceslao a favor y nuestro gobierno apoyó a la minoría. Wenceslao arranca este capítulo de sus memorias recordando las Tristes de Ovidio en donde el poeta siente resbalar las lagrimas que brotan de sus ojos: “Nubláronse los mios la noche que, en el Quai d’Orsay puse mi firma al tratado de paz con EE. UU.”.

Con el paso del tiempo han saltado por los aires las motivaciones santurronas norteamericanas de la intervención contra España. El mordaz e incorriente Mark Twain denunciaba que el había sido partidario de la liberación de Filipinas pero que habiendo leído el Tratado de París había llegado “a la conclusión de que no tenemos la intención de liberar sino de subyugar a Filipinas”. Veía ya escaso filantropismo. Muy chocante y significativo asimismo es que el gobierno americano no llevó a una delegación cubana, a aquellos que proclamaba quería liberar, a la reunión de París. Trump debe haberse inspirado en McKinley cuando ahora ha intentado negociar con Putin el futuro de Ucrania sin Ucrania.

Los desencadenantes, el caso de Lome y el Maine, parecen olas populares en las que se montaron el Congreso y el presidente McKinley —un político con pulsiones imperialistas muy admirado por Trump— en vez de tratar de romperlas. Y la historiografía americana viene cuestionando la acción en sí: Kennan da a entender que España había dado pruebas de acercarse a la mayor parte de las peticiones de Washington²; otros ven o ansias imperialistas o claros intereses comerciales estadounidenses en las diferentes islas y se preguntan por qué si la Resolución del Congreso se refería Cuba se la había utilizado para aposentarse en las Filipinas.

El frenesí mediático convirtió la guerra en muy popular en los Estados Unidos. Un millón de hombres respondieron a la llamada de McKinley pidiendo

2 George F. Kennan: “American Diplomacy 1900-50”. The University of Chicago Press.

voluntarios para la guerra. Uno de ellos sería el futuro presidente Theodore Roosevelt que pensaba que la guerra era necesaria menos para salvar a los cubanos que para que los Estados Unidos cumpliesen su destino manifiesto de convertirse en una gran potencia. Lo que lleva agua al molino de los que subrayan la veta primitiva imperialista de los Estados Unidos. A pesar de lo que se mantiene con frecuencia, los padres fundadores de la nación americana, señala Josep Nye, ya tenían sueños imperialistas cuando nació el país al independizarse de Gran Bretaña. George Washington creía que las 13 colonias eran un “imperio incipiente” y el pensador y tercer presidente Jefferson escribió a Madison que estaba “convencido de que nunca una constitución había sido calculada como la nuestra para acoger un gran imperio”.

La tendenciosa intoxicación de la prensa invadió los libros. Uno publicado en Chicago en el mismo 1898 (Trumbull White: “United States in war with Spain”. Ed. International Publishing Co. Chicago) afirmaba que en su historia España estaba a menudo en guerra con sus colonias o con el exterior. “En casi todos los casos ha sido el agresor. El español ha sido siempre, perverso, avaricioso, feroz. En sus venas fluye todavía la sangre de Fernando, de Torquemada, de Felipe II. España es la China de la Europa actual. Su política no es tratar justamente sino robar y escandalizar”. Es paradójicamente el mismo juicio tenebroso, tremendista y sesgado que utilizan hoy día los detractores de Estados Unidos para definir ese país.

La novedad del conflicto con España en el desarrollo del expansionismo estadounidense es que se trataba de la primera vez en que el país lograba aumentar su influencia saliéndose de los límites del territorio norteamericano y mediante el enfrentamiento con una potencia europea. Lo que da munición a esos detractores.

LAS GUERRAS MUNDIALES: EL LIBERADOR AHORA CONVINCENTE

Si la guerrita con España había presentado en sociedad a Estados Unidos en el mundo, las dos guerras Mundiales que siguieron en el medio siglo posterior la entronizaron como gran potencia. En la I batalló con sus aliados y se sentó a la mesa como capitosté en el Tratado de Versalles. En la segunda, Estados Unidos emergió como la mayor potencia del planeta. En ambas conflagraciones España permaneció neutral.

La entrada de la nación norteamericana en ambas contiendas tuvo las siguientes características:

- 1) Estados Unidos no las inició, ni fue autor intelectual. Fue objeto de una provocación (hundimiento del Lusitania y el telegrama Zimmermann) en la primera o de una agresión (Pearl Harbour) en la segunda. Se incorporó al conflicto bien avanzado el mismo.
- 2) Su papel sería importante para vencer a la coalición contraria. Muy decisivo en la II Guerra.
- 3) De ambas el ya coloso americano salió robustecido, a diferencia de sus adversarios e incluso de sus aliados.

Las examinamos someramente:

Primera Guerra (1914-1919)

Tuvo su origen en la expansión del nacionalismo en los Balcanes. El detonante lo produjo el asesinato en Sarajevo del príncipe austriaco Francisco Fernando. El ultimátum de Austria a Serbia a la que acusaba, quizás erróneamente, de haber alentado el acto terrorista provocó la guerra que se extendió debido al sistema de alianzas existente en la época. Austria-Hun-

gría declaró la guerra a Serbia que sería apoyada por Rusia y más tarde por Francia y Gran Bretaña. A Austria se unieron Alemania, Turquía y Bulgaria. A los aliados originales (Rusia, Francia..) se incorporarían más tarde Japón e Italia.

Estados Unidos no lo haría hasta abril de 1917. La chispa que decidió su entrada fue el telegrama Zimmermann enviado al gobierno de Méjico por el ministro de Asuntos exteriores alemán en el que solicitaba firmar un tratado por el que Méjico invadiría Estados Unidos el día en que Alemania reiniciaría una guerra indiscriminada con submarinos. A cambio, Méjico tendría derecho a recuperar los territorios (Arizona, California...) que había perdido en la guerra con Estados Unidos. El telegrama fue interceptado por el espionaje británico y entregado al gobierno de Washington y a la prensa.

La opinión pública estadounidense, excitada ya por el hundimiento de barcos americanos siendo neutral, bramó comprensiblemente y el Congreso aprobó declarar la guerra a Alemania. Derrotada esta y sus aliados, el Tratado de paz se firmó en Versalles imponiendo indemnizaciones severas a Alemania y la pérdida de franjas de territorio europeo y de sus colonias y constatando el derrocamiento de cuatro imperios europeos mientras Estados Unidos emergía como uno de los cuatro vencedores. De Versalles saldría la Sociedad de Naciones en la que no entraría Estados Unidos a pesar del interés ferviente del Presidente Wilson uno de sus principales inspiradores.

Segunda Guerra (1939-45)

Nacida en Europa del resentimiento alemán (Hitler) por las fronteras aprobadas en Versalles y en Oriente por el ansia expansionista de Japón. Enfrentó a Alemania con Francia y Gran Bretaña y posteriormente con Rusia (que en los primeros meses se había repartido Polonia con Hitler). Japón luchaba contra China y ocupó otras naciones.

Estados Unidos entró en la guerra en diciembre de 1941 cuando Japón atacó sin declaración de guerra la base yanqui de Pearl Harbour ("un día de infamia" diría Roosevelt). Las iniciales victorias germanas y japonesas empezaron a esfumarse a mediados de 1942. Las batallas navales en el Pacífico (Midway) mostraron la superioridad americana, en África los alemanes serían derrotados en el Alamein y en Rusia su invasión se atascó y acabó desgastándolos

considerablemente. El desembarco americano-británico en Normandía³ fue el principio del fin. Las tropas de ambos contingentes establecieron contacto con las soviéticas a fines de abril de 1945 y los alemanes se rindieron incondicionalmente el 7 de mayo. Los americanos acabaron con la encarnizada resistencia japonesa con el lanzamiento de dos bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki.

Estados Unidos tuvo unas 417.000 bajas de todo tipo en la guerra, cantidad ínfima comparada con Rusia, China o Japón. Emergió como el gran vencedor. Impuso con éxito la democracia en Japón al que ayudó económicamente de forma considerable durante cuatro años.

3 El cine ha filmado abundantemente la II guerra con muchas películas (De aquí a la eternidad, El día más largo, El puente sobre el río Kway, Stalag 17, Dunkerke, Verano del 42, Salvad al soldado Ryan, Patton, Ser o no ser, El general de la Rovere, El ejército de las sombras, El último metro...) algunas de ellas oscarizadas.

LA NEUTRALIDAD

a) Nuestra guerra civil

En nuestra contienda, años antes en 1936, el gobierno americano se había unido al Comité de intervención propuesto por el francés Leon Blum que establecía que ninguno de los países signatarios proporcionaría armas a los dos bandos españoles. El Congreso estadounidense aprobó abrumadoramente la propuesta.

Roosevelt, con todo, tenía su corazoncito que latía más bien por el lado republicano. En una entrevista con el Embajador mejicano que traía la apremiante petición de su presidente para que se permitiera exportar armas para los republicanos, Roosevelt le dio a entender que el miraría para otra parte si las armas eran enviadas a Méjico o Francia “sin que constase el destino final del cargamento” (“Spain betrayed”, documento 68, Yale Univ. Press). Era una patente quiebra de lo aprobado por su Congreso.

Otros gobiernos violaron abiertamente el principio de no intervención. Alemania e Italia prestaron un visible apoyo al lado franquista con pertrechos y efectivos militares. No menos importante, aunque menos ostensible, fue la ayuda que la Unión soviética aportó al gobierno del frente popular.

La opinión pública estadounidense estaba más inclinada hacia el Frente popular. Influyó algo en ello Ernest Hemingway que cubrió durante muchos meses la guerra en la retaguardia republicana como corresponsal de la cadena de periódicos “North America Newspaper Alliance”.

El escritor era un entusiasta partidario del Frente, hizo colectas en Estados Unidos a su favor, colaboraría en una película “The Spanish Earth” donde se ensalzaba a ese bando, escribiría posteriormente una novela sobre el tema (“Por quien doblan las campanas”) y realizó un cobertura crecientemente tendenciosa, poco objetiva. Su compatriota Philip Knightley que ha estudiado el asunto (“The first Casualty”. Ed. Harcourt Brace Jovanovich) dice que su

actuación como corresponsal “fue abismalmente mala” e injustificadamente optimista sobre las posibilidades de la República de ganar la guerra ; que nunca informó sobre el encarcelamiento, la persecución o la ejecución de personas en el lado republicano.

Según Knightley la ceguera generalizada de los corresponsales de guerra anglosajones sobre las carencias o tropelías del lado del gobierno, mientras se contaban las de los rebeldes, no fue en muchos caos debido a su duplicidad sino a la convicción de que estaban luchando su propia guerra. Esto hizo que perdieran su objetividad. La excepción fue el antifranquista George Orwell que aunque vino a España simpatizando con la República captó el totalitarismo existente en el Frente popular, intentó contarlo y el “New Statesman”, se negó a publicar sus artículos. Lo reprodujo en “Homenaje a Cataluña” que fue rechazado por el editor izquierdoso Victor Gollanz y sólo posteriormente encontró otro editor. El británico no se casaba con nadie y en 1937 escribía en el “New English Weekly”: “la guerra española ha producido una cosecha abundante de mentiras pero dudo sinceramente ...que sean los periódicos profascistas los que hayan causado el mayor daño. Son los periódicos de izquierdas, con unos métodos de distorsión mucho más sutiles, los que han impedido que el público británico comprenda la verdadera naturaleza de la contienda”.

Más curiosa para estas reflexiones es la actitud del embajador estadounidense en Madrid en esa época (1933-1939), Claude G. Bowers. En sus despachos a Washington y en un libro que escribió poco después es pasmosamente tendencioso. Emerge como un diplomático afectado por la “localitis”, un achaque en el cual un profesional se identifica totalmente con los puntos de vista del gobierno ante el que está acreditado. El entusiasmo de Bowers por el bando gubernamental es total y miope. Elogia repetidamente a Prieto, Alvarez del Vayo, Azaña al que mitifica, e incluso al golpista Largo Caballero mientras que Calvo Sotelo o el propio Gil Robles son gente de escasos principios y fascistas, juicios de valor discutibles aunque admisibles, pero el embajador se viene arriba con los hechos: las sacas y asesinatos de Madrid, sin referencia a Paracuellos, son despachadas en un párrafo, las checas anarquistas, sin aludir a otras, eran “desconocidas por el gobierno”, el bombardeo franquista de Barcelona “es la acción más brutal de la historia en el mundo de la guerra”, hay varias páginas dedicadas a Guernica y omisión del bombardeo por los rusos de Cabra, el ataque republicano en la batalla del Ebro fue “brillante y heroico y la estrella de Franco empezó a palidecer”.

Su delirante versión de la contienda culmina con la afirmación de que los únicos (?) religiosos eliminados por la autoridad fueron quince sacerdotes vascos fusilados por Franco (los miles del otro lado se han esfumado), la historia del asesinato de monjas es “pura propaganda”, en Murcia se hizo TODO lo posible para impedir la quema de iglesias etc... Aunque resulta penoso para la imparcialidad y dotes de observación de un diplomático, Bowers merece que los factores de la memoria histórica lo condecoren a título póstumo.

b) España en la II Guerra Mundial

En el conflicto mundial que siguió, España pasó de la no beligerancia, algo peculiar dado que envió la División azul a luchar contra Rusia junto a los nazis, a una neutralidad más clara cuando Jordana entró en Exteriores, Falange cedió terreno y la ofensiva de Hitler perdió fuelle, algo bien percibido por Franco.

Washington se esforzó en que mantuviéramos la neutralidad, Roosevelt envió una carta amable a Franco manifestando que no se inquietara por los desembarcos aliados en África del norte de noviembre del 42, no afectarían a España. Jordana en sus “Diarios” (Ed. La valija diplomática) cuenta que estuvo despachando ese día con el Franco hasta las cuatro de la mañana. Desarrolla las dos cuestiones importantes que preocupaban a sus interlocutores yanquis en esos años. La primera era la suerte de los judíos que llegaban a España huyendo del nazismo (es un hecho reconocido que España salvó a varios miles). La postura del Ministro era que España “va a seguir aceptándolos pero que era vital que Estados Unidos ayudara a transportar a un número equivalente a zonas seguras”.

Más quebraderos de cabeza produjo a Jordana la cuestión del wolframio. El gobierno franquista tenía acuerdos comerciales de venta con Alemania y los aliados querían que se cortaran abruptamente. El forcejeo, intempestivo a veces con los americanos, que amenazaban con cortarnos el suministro de “gasolina, algodón caucho y fosfato”—según explico el propio Franco al embajador germano en una entrevista en la que parece deslizó que Alemania no podía ganar la guerra— concluyó en 1944 con los Acuerdos de mayo: se reducían considerablemente las ventas a Alemania y se vendería más a Washington.

El giro acarreó el cierre del Consulado alemán en Tánger, nido de espías para los aliados, retirar los últimos vestigios de la división azul... Cuenta Jordana que el partido falangista estaba muy en contra del volantazo y habla de la

hostilidad de varios ministerios, Ejército, Trabajo, Agricultura y el del Partido que manifiestan su frialdad en el Consejo de Ministros. Se queja: “Tuve que llamar la atención del Generalísimo sobre el grave error de nuestra propaganda al enfocar el tema. Reaccionó por fin y dictó una consigna para una campaña de prensa”.

Franco debió albergar ilusiones sobre si giro “pro-americano”. Pronto sería decepcionado, a pesar del capote que le lanzaría Churchill en los Comunes.

EL ROTUNDO PROTAGONISMO DE WASHINGTON

La economía yanqui tuvo, avanzados los cuarenta un impulso mucho mayor de lo ocurrido en la I guerra y se embarcó en lo que, interesadamente para unos pocos y filantrópicamente para muchos, “es el acto más generoso de la historia de un pueblo hacia otro”, según uno de su principales gestores, propuso lo que se llamaría:

El Plan Marshall

Esta iniciativa alumbra quizás el momento en que la popularidad de Estados Unidos ha estado en el punto álgido de su historia. Marshall que había sido Jefe de Estado mayor durante la Guerra Mundial anunció el Plan en una ceremonia de clausura de curso en Harvard en 1947. Consistía en ayudar económicamente a la Europa devastada —“¿que es Europa?”, se preguntaría Churchill: “un montón de basura, un terreno pestilente y en que crece el odio, incapaz de levantarse por sí sola sin una ingente ayuda económica estadounidense”.

En su discurso de Harvard su fundador declararía: “no puede haber estabilidad política sin la recuperación de la salud económica. Nuestra propuesta no está dirigida contra ningún país o ninguna doctrina sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos”.

La impactante generosidad americana poseía asimismo un componente político, uno de sus redactores acuñaría la frase: “A los comunistas se les puede parar con pan y urnas y no con balas” (bread and ballots, not bullets). Marshall huyó del unilateralismo, dejó bien claro que serían los europeos los que deberían fijar sus necesidades y prioridades y así ocurrió normalmente, fueron incluso los europeos los que acordaron quien sería beneficiado, España, Finlandia y Alemania (aunque más tarde obtendría ayuda) quedaron fuera.

Curiosamente la Unión Soviética fue invitada a participar. Poco deseoso de depender en nada de Estados Unidos y muy reacio a revelar el estado famélico de su economía, Moscú rehusó, acusó a Estados Unidos de intentar esclavizar a Europa y puso firmes a aquellos de sus satélites (Checoslovaquia, Hungría, etc...) que ansiaban recibir aquel maná. Los 16 países programados expusieron unas necesidades cercanas a los 19.000 de dólares. En los cuatro años de vigencia del Plan los dieciseis participantes recibieron unos 13.000 millones cantidad no baladí dentro del presupuesto de Estados Unidos. Carentes de divisas para costear las importaciones, el Plan ayudó a los europeos a equilibrar los presupuestos y reducir la inflación.

El contraste entre la generosidad americana y el ansia soviética por imponer gobiernos títeres en los países de su entorno potenció la imagen de Estados Unidos.

Mr Marshall pasó de largo por España (película “bienvenido Mr. Marshall de Luis Berlanga). Nuestro país era aún un paria occidental. Habíamos sido excluidos de la ONU que votaría una resolución en 1946 pidiendo la retirada de Embajadores de nuestro país mientras Francia cerraba la frontera. La resolución de la Asamblea general, que el régimen explotaría con habilidad internamente, fue aprobada con 34 votos a favor, 6 en contra y 13 abstenciones. Rusos, franceses, polacos y mejicanos abogaban por una intervención militar en España que no prosperó.

La condena no obedeció exactamente a que el régimen no fuera una democracia, como discursaría años más tarde con desparpajo Sánchez en la ONU, sino porque Franco tenía “el pecado original” de haber luchado contra la URSS en la guerra y los rusos y sus aliados no se lo perdonaban. Sánchez, en su obsesión franquista, pareció ignorar que la palabra democracia no consta en la Carta de la ONU así como que quien promovió la condena de España fueron regímenes tan “democráticos” como la Rusia soviética y Polonia. En la Asamblea en la que divagó hace pocos años nuestro presidente se sientan Corea del Norte, Cuba, Nicaragua, China, Vietnam y otros países que encontrarían muy ingenioso al español.

Sin embargo, paulatinamente los acontecimientos internacionales propiciaron el acercamiento de Estados Unidos a España. Tres de ellos especialmente representaron un premio gordo para el régimen franquista: el bloqueo de Berlín, la bomba atómica rusa y la guerra de Corea.

LA OTAN

Acabada la conflagración, la conducta de Stalin resultó crecientemente alarmante devorando países. Un potente timbre de alarma sonó con el bloqueo de Berlín.

Los vencedores de la II Guerra Mundial habían dividido la ciudad en cuatro partes. Disensiones de los soviéticos con los tres occidentales impulsaron a Moscú a implantar un férreo bloqueo de la ciudad cortando trenes y carreteras. Washington y Londres montaron un colosal puente aéreo que transportaba cotidianamente a Berlín 3.500 toneladas de alimentos, gasolina...Duró unos diez meses y Stalin tiró la toalla percatándose de que no podía derribar los aviones aliados porque eso significaría la guerra.

Berlín propulsó la creación de la OTAN, una alianza defensiva de 12 países occidentales, Canadá, Estados Unidos y diez europeos, cuyo objetivo obvio era reforzar la seguridad ante la Unión Soviética. Vinieron otros sustos, Rusia explotó su primer arma nuclear en 1949 y en 1950 estalló la guerra de Corea, otro regalo de Reyes para el franquismo, mediante la agresión de la comunista del Norte, apoyada intermitentemente por la URSS y China, a la del Sur. Acontecimientos que justificaban un pacto defensivo con España y que revalorizaron el papel de España por nuestra situación estratégica privilegiada.

La exclusión del Pacto atlántico no preocupó aparentemente al régimen franquista que se concentró en lograr una alianza con los Estados Unidos. Truman era reacio ("ni me gusta Franco ni me gustará nunca") pero finalmente se inclinó ante la insistencia apremiante de sus militares ("hay que asegurarse de que España sea un aliado en caso de guerra"). Se aprobó un crédito a España y el primer Embajador estadounidense después del aislamiento presentó credenciales en 1951. Con la llegada de Eisenhower a la Casa Blanca los contactos se intensificaron y se firmó el acuerdo de las bases (Torrejón, Rota, Zaragoza...) en septiembre de 1953. España ofrecía un solar estratégico inapreciable.

España tendría la soberanía de las bases, se creaban oleoductos y estructuras con dinero yanqui y España obtenía una ayuda económica para su desarrollo (bastante reducida en un primer momento). Nuestra acceso a la OTAN fue mucho más tardío. Hubo que esperar a la democracia.

Nuestra entrada en la OTAN

El ingreso fue agitado. Cuando Calvo Sotelo, sucesor de Suárez, decidió en 1981 no demorar la petición de entrada en la Organización los españoles sentían una total indiferencia hacia la OTAN, una encuesta de pocos años anteriores mostraba incluso que los partidarios del ingreso eran más que los contrarios.

El partido del gobierno, la UCD, se tambaleaba y el Psoe pensó que de cara a las elecciones de 1982 remover el antiamericanismo, que siempre suele ser rentable en nuestro país, y el pacifismo español, seráfico para muchos, daría votos a su formación. La identificación con Estados Unidos puede tener algo tóxico. Bajo el slogan “OTAN de entrada no” montó una eficaz campaña en la que argumentaba que pertenecer a la Organización sería abandonar por completo el neutralismo y, sobre todo, haría mucho más vulnerable a España en caso de un conflicto con Moscú. Probablemente en los cálculos del Psoe jugaba evitar que el partido comunista le quitara votos por la izquierda. Vimos a Javier Solana que años después sería un jerifalte de la OTAN gritando en las puertas de Exteriores “OTAN, no, bases (americanas) fuera”. El canario Sagaseta hizo tremendismo infantil que resulta hilarante: “entrar en la OTAN sería una declaración de guerra a Canarias”.

La prensa se dividió, Abc, La Vanguardia y Cambio 16 estaban a favor, Intervú, El periódico, El Alcazar, Mundo obrero y menos acusadamente El país, en contra. La opinión pública, en la que caló el mensaje y la fuerza mediática de Felipe González, se fue encrespando progresivamente, se convirtió en antiotánica.

Eso no amilanó a Calvo Sotelo convencido de que era bueno para España porque el hecho sería irreversible. En las Cortes obtuvo una clara autorización: 186 a 146 en el Congreso y 106-60 en el Senado. El presidente y su eficaz ministro Pérez Llorca hubieron de vencer en el frente externo algunas reticencias (Grecia, Portugal celoso de perder competencias en el Atlántico) y se percataron de que nuestro jefe de lobby externo no debía ser Estados Unidos sino Alemania, lo que Washington entendió. Por fin ingresamos en junio

de 1982 en plena guerra de Las Malvinas. Cuatro meses más tarde desaparecía la UCD.

Con el Psoe en el poder en diciembre, F. González, que logró una confortable mayoría, empezó a percatarse de que era melindroso ante los europeos llamar insistentemente a la puerta del Mercado común e inhibirse en la defensa de Europa. Felipe practicó durante dos años una ambigüedad calculada y por fin rebobinó. Convocó un referéndum. Una tarea ardua porque tenía que convencer al votante justamente de lo contrario de lo que había predicado dos años antes en las elecciones. No había otros argumentos que lo que el Psoe había denostado. Fabricó un decálogo con algún toque camelístico para maquillar el giro. Tal como había prometido a dirigentes aliados, echó el resto en la campaña que precedió la votación, con tropecientas entrevistas en prensa radio y televisión (ahora más domesticada que en la época de la UCD). La prensa también se dividió sobre la oportunidad del referéndum y sobre el sentido del voto.

Con un gobierno visiblemente nervioso, lo presencié, la consulta fue favorable de forma sorprendente, 52,55 a favor y 39,80 en contra. Curiosamente las provincias en las que triunfó el no fueron las vascas, Barcelona, Lérida y Las Palmas, por diversas razones algunas de política interna.

González, por su conversión y su tenaz entrega en la eficaz campaña, salió reforzado ante sus aliados europeos y ante Reagan. Antes había aprobado el despliegue de misiles de Estados Unidos en territorio europeo gesto apreciado en la capital del imperio y en muchos aliados que desconfían de Moscú.

LA GUERRA DE IRAK, VERDADES Y FALACIAS

La guerra de Irak es probablemente el nadir de la imagen de Estados Unidos en varias décadas. Resulta innegable que Washington actuó sin la bendición de la ONU —también, hay que recalcarlo, sin la prohibición— y el pacifismo de bastantes unido a la animosidad que despierta el gigante americano produjo incontables expresiones de condena y bastantes manifestaciones adversas en el mundo. España, cuyo gobierno secundó decididamente la guerra, fue un buen ejemplo de ello.

El rechazo a la intervención americana resultó tan visceral que alrededor de él se han tejido una serie de conclusiones que se han asentado en la conciencia colectiva incluso de personas serias observadoras de la realidad internacional.

Muchas de estas conclusiones son incorrectas, a veces rotundamente falsas. Viví los acontecimientos de cerca por ocupar el cargo de Embajador en la ONU donde se trató ampliamente del tema.

La catarata de acusaciones a mi juicio erróneas son las siguientes:

- Estados Unidos atacó Irak en contra de lo dispuesto por la ONU y sin la menor justificación.
- Bush, apoyado por Blair y por Aznar, se inventó lo de las armas de destrucción masiva.
- Blix, Inspector General de la ONU advirtió claramente que las armas no existían.
- Bush invadió Irak porque quería controlar su petróleo.
- Aznar, Bush y Blair se separaron de la política europea.
- España estaba aislada y Aznar hizo un papelón con Blair apartándose de Europa; tuvo una actuación penosa enviando tropas a la guerra.
- Zapatero retiró las tropas en cuanto llegó al poder porque su presencia en Irak era ilegal.

Repito: respeto a los que moral o jurídicamente estaban en contra de la intervención, los fundamentos de la misma eran vidriosos, **pero las**

conclusiones anteriores son falsas, alguna cuestionable, muchas de ellas puras mentiras.

Desmenuzaré esas afirmaciones porque esas convicciones y la percepción de la actitud del gobierno Aznar en las horas que siguieron al atentado de Atocha, que emergió como una represalia islámica contra nuestro país, produjeron contra todo pronóstico un vuelco electoral que llevó a Zapatero al poder:

- La ONU nunca se pronunció ni a favor ni en contra por temor al veto de Estados Unidos o, en sentido diverso, de su adversario, en esos momentos Francia.
- No había nada que inventar. Las armas habían existido y utilizadas por Irak contra los iraníes y contra los turcos. Por otra parte, furibundos opositores de la intervención, Chirac, Mubarak..., afirmaron en aquellas fechas que las armas probablemente existían pero que la intervención era un error.
- Blix nunca dijo eso. Manifestó en el Consejo de Seguridad, del que yo formaba parte, que necesitaba más tiempo para pronunciarse con rotundidad. “No puedo concluir que las armas existen, sin embargo, esa posibilidad no está excluida”.
- EE. UU. no necesitaba invadir por el crudo. Estaba comprando bastante petróleo a Irak, más que Francia. Como señala Antonio Caño hay otras razones más importantes para explicar la invasión, fundamentalmente, después del atentado del 11 de septiembre, “fue un acto destinado a demostrar a sus enemigos en Oriente Próximo la resolución de Estados Unidos para actuar en cualquier escenario, de forma contundente y en defensa de sus intereses”.
- España no envió tropas a la guerra. Llegaron después. Y Aznar y Blair no eran versos sueltos en Europa. Italia, Dinamarca, Portugal, Hungría, Polonia, Chequia, Bulgaria... estaban con ellos. Había una estrecha pero obvia mayoría de gobiernos europeos que apoyaron a Estados Unidos.
- Zapatero retiró las tropas porque lo había prometido y porque era soberano para hacerlo pero cuando las sacó la ONU hacia seis meses que había bendecido, por unanimidad en el Consejo (resolución 1511), la presencia de las tropas extranjeras por ser “buenas para la estabilidad del país”.

En resumen, la intervención americana carecía de la legitimación otorgada por el Consejo de Seguridad (Aznar advirtió a Bush en el rancho de

éste: “es muy importante contar con una resolución. No es lo mismo actuar con ella que sin ella”), se hizo con bases endebles (aunque con mucho más fundamento jurídico que la de Kosovo), el resultado, además, no resultó precisamente óptimo pero las acusaciones para desprestigiarla han sido, con frecuencia, erróneas.

La retirada de las tropas que realizó Zapatero enfrió un tanto nuestras relaciones con Estados Unidos. Consideraban que se efectuó de forma precipitada y chapucera y nuestro Presidente hizo en Túnez unas declaraciones desafortunadas sobre el tema que no gustaron en la Casa Blanca. Bush nunca lo recibió. La revista americana “The week” titulaba “la Secretaria de estado Condi pone firmes a los españoles”.

AFGANISTÁN

Mayor aceptación había obtenido la aventura anterior estadounidense, Afganistán.

El mayor atentado terrorista de la historia, y el más fotografiado, tuvo lugar en Nueva York el 11 de Septiembre de 2001. La nación americana quedó traumatizada y la opinión pública masivamente estaba dispuesta a seguir a su presidente en cualquier campaña punitiva. Afganistán era el refugio del cerebro del atentado, Bin Laden y negándose los talibanes que gobernaban el país a entregarlo o expulsarlo resultaba meritorio que Washington reaccionaria con fuerza.

En esa ocasión, la ONU aprobó la eventual acción americana y Estados Unidos vió como varios países de la OTAN (artículo 5 del pacto) le prestaban su apoyo. La campaña fue breve. Estados Unidos utilizó sólo un puñado de fuerzas especiales sobre el terreno. Los ataques, aviones y misiles, fueron demolidores y los talibanes acosados además por grupos locales de la Liga del Norte se dieron a la fuga, otro tanto hizo Bin Laden. La campaña fue breve. (El terrorista sería descubierto en Pakistán en época de Obama; fuerzas especiales americanas en una operación arriesgada, lo ejecutaron y su cuerpo hecho desaparecer. El episodio está bien reflejado en la película “La noche más oscura”).

La llegada de los americanos y aliados fue saludada con visible júbilo, sobre todo por las mujeres. Ahora no sólo no estarían obligadas a cubrir completamente su rostro y cuerpo sino que quedaban facultadas para ir a la escuela, universidad, ocupar cargos públicos....., portarse como seres humanos del siglo XX. Las manifestaciones de alegría y agradecimiento que vivimos varios Embajadores del Consejo de Seguridad, que con considerables medidas de seguridad visitamos Afganistán meses más tarde, eran conmovedoras.

Luego todo se torció por causas no fácilmente explicables. Para unos, los aliados bajo la férula de Washington no supieron administrar el país, despreciando al gobierno central que ellos mismos habían instalado y tratando

preferentemente con comunidades locales (Adam Baczko), para otros fueron incapaces de detener una corrupción galopante en las filas oficiales, la democracia se desacreditó, el cultivo de la droga aumentó, en resumen al cabo de veinte años y de un enorme costo económico, unos 2 billones de dólares, los talibanes se fueron apoderando de importantes franjas del país.

Estados Unidos lo abandonó a la desbandada en escenas que reflejaban la salida de Saigón al concluir el conflicto de Vietnam. Las mujeres afganas volvieron inmediatamente a la sumisión y humillación absolutas. Más burka, nada de escuela y nada de música occidental. Sumisión humillante al varón

Washington había demostrado ser imbatible en una guerra abierta pero el y sus aliados no habían sabido construir un país de cultura extraña. Los ejemplos de Japón y Alemania después de la II guerra mundial no sirvieron. La decisión de Biden de salir a la carrera fue poco apreciada por la opinión pública de sus aliados que olvidaban que fueron los soldados americanos los que hicieron posible la salida del personal de embajadas y nacionales aliados. La imagen del coloso americano sufrió otro batacazo.

UCRANIA: TRUMP Y NOSOTROS

En 2022, la capital española recibió la Cumbre de la OTAN a los 40 años de haber ingresado. Asistieron los dirigentes de todos los miembros y de algunos países simpatizantes de la Alianza temerosos de la agresividad rusa o China.

La increíble agresión e invasión de Rusia a Ucrania había cumplido cuatro meses. Putin había actuado pisoteando el derecho internacional y los propios compromisos recientes de su país. Su justificación era penosa: la OTAN lo amenazaba desde Ucrania y el realizaba una acción preventiva. La verdadera razón era que el líder ruso no soporta la idea de una Ucrania independiente y lo ha manifestado en público. Envalentonado por la pasividad occidental, incluida la de Estados Unidos con Obama, cuando asaltó Crimea infirió que su ataque, bautizado como “operación militar especial”, no encontraría una reacción inasumible. Como dice el almirante estadounidense Savridis “la mente de Putin está anclada en la guerra fría”. Menos clemente es el columnista británico del Guardian Simon Tisdall: “Putin es un macho canalla y destrozón”.

El ataque a Ucrania, que Putin dijo 48 horas antes que no se produciría, trajo consecuencias que el nuevo zar no podía prever: los ucranianos ofrecieron una resistencia encarnizada causando bajas humanas y destrucción de cuantioso material militar ruso. En segundo lugar, las fuerzas armadas rusas resultaron estar mucho peor preparadas de lo que se creía. Por último, la agresión despertó a la alianza Atlántica que según gente tan dispar como Trump y Macron estaba en “muerte clínica”. Hasta Alemania, siempre cuidadosa con Rusia, tuvo un estremecimiento.

Como reacción muchos países miembros han aumentado rápidamente su presupuesto militar y han adelantado alcanzar el 2% del PNB al que están obligados (España está en la cola con Luxemburgo) por un acuerdo alcanzado hace nada menos que once años.

Europa se ha mentalizado sobre la peligrosa dependencia de Moscú. Por ahora, continúa con las sanciones a Rusia, que hasta ahora le han hecho relativa pupa, anunciando la disminución creciente compras de gas o petróleo ruso.

El papel de España

La cumbre otánica fue un éxito de organización y buena para la imagen de España como país. El gobierno se creció como si hubiéramos jugado un papel importante en el espíritu o conclusiones de la misma. El ministro de Exteriores llegó a decir, entusiasmado como un imberbe de 16 años, que cuando “miremos con perspectiva histórica la Cumbre de Madrid estará al nivel de Yalta o de la caída del Muro de Berlín” (sic). García Cuatango en un artículo en “El mundo” (“Albares hiperbólico”. 2 de julio 2022) comentaba con sorna que también la podíamos equiparar al nacimiento de Jesucristo, la Revolución francesa o el ataque a Pearl Harbour.

La verdad es que España, como en el 92 o en la Cumbre del Medio Oriente desplegó con nota alta su eficacia como anfitriona pero es infantil difundir que hemos pasmado al mundo en los asuntos de fondo. Un recordatorio: Ceuta y Melilla estaban fuera del paraguas de la OTAN antes de la Cumbre. Y siguieron estándolo después.

Por otra parte, muchos miembros de la Alianza creían que España es una gorrona en el gasto y los años que han seguido han acrecentado un tanto esa percepción.

La irrupción de Trump y su patada al tablero internacional ha alterado todo drásticamente. Aunque tenga no poco de bravucón y de ególatra su guerra de los aranceles y pronto ha reculado en varios puntos, no va a cesar. En el terreno político militar el cambio ha sido espectacular, casi traumático. El americano humilla al ucraniano Zelenski en publico, las imágenes fueron bochornosas, parece tener simpatías por Putin al que blanquea, ha cuestionado que sea el agresor y olvidado que ha secuestrado a 20.000 niños para reeducarlos así como que bombardea objetivos civiles y que pesa sobre él una orden de detención del Tribunal penal internacional.

Simultáneamente muestra una patente tibieza hacia la OTAN. Y ahí entramos nosotros de nuevo en juego.

Algunas conclusiones atlánticas

“Le Monde Diplomatique” titulaba en Julio que con la guerra de Ucrania el Kremlin había hecho un regalo llegado del cielo a la OTAN y sobre todo a

Estados Unidos. El gigantesco error de cálculo de Putin habría servido para estrechar las filas de la OTAN. Y para el ingreso de nuevos miembros, Suecia, Finlandia que tiene una extensa frontera con Rusia. Los miembros se avenían a aumentar su gasto en defensa y, conforme crecían los bombardeos generalizados de Rusia, la Alianza occidental reforzaba su ayuda a Ucrania. Primero le proporcionaba armas defensivas pero en abril, a menudo con dilación y una cierta cicatería, comenzaron a suministrarle ofensivas. Sobre todo Estados Unidos y Gran Bretaña. Con mayor parsimonia Alemania y Francia y en escasa cantidad España mezcla de su política racana de gasto y de la existencia de comunistas en el gobierno más cercanos a Putin que a Washington.

El americano Biden dejó el lenguaje diplomático acusando a Putin de “genocidio” y manifestaba su deseo de que Rusia saliera debilitada de su aventura para que no pudiese hacer de nuevo cosas como las que estaba haciendo en Ucrania. El ministro de Asuntos exteriores ruso se indignaba y manifestaba que Estados Unidos le hacía la guerra a Rusia por medio de un peón (Ucrania). Como apuntaba el periódico francés olvidaba un detalle: era Moscú quien había comenzado las hostilidades.

Añado un detalle importante que ha aliviado los apuros de Putin: si escrutamos el tablero internacional, comprobaremos que un puñado importante de países, algunos de enorme peso como China, India, Irán, África del Sur y otros muchos africanos han manifestado su disconformidad o incluso condenado el ataque a Ucrania pero rehúsan aplicar sanciones a Rusia. Más aún aprovechan la crisis para adquirir, con descuento, mayor cantidad de sus productos. Una paradoja en naciones muy celosas de la no injerencia.

La entrada en escena de Trump ha modificado el panorama geo-político tanto como el aspecto comercial. Inicialmente, para vergüenza de muchos demócratas y con un servilismo total de su partido, ha adoptado la retórica de Moscú en el tema ucraniano inventando que Zelenski, al que parece detestar, sólo tiene 4% de aceptación —en realidad es 56% y subiendo— y que debería celebrar elecciones, algo demencial dado que esta siendo bombardeado a diario.

Por otra parte, y ahí nos duele en nuestra imagen en el mundo y en las relaciones con EE. UU., ha replanteado de forma descarnada la cuestión de la financiación de la defensa europea y del “dolce far niente” de los europeos confiados en la protección inamovible del Tío Sam. Obama y Biden ya habían deslizado que los europeos debían hacer los deberes reármándose porque Estados Unidos necesitaba volverse hacia Oriente, es decir hacia la amenaza china.

Los europeos continuaron dormitando a pesar de su promesa en 2014 de llegar al 2% de PNB en gastos de defensa. Los avisos y las amenazas de Trump han sido perentorios. Antes de llegar a la presidencia espetó que si algunos países aliados seguían descuidando la inversión en defensa no le importaría que Putin les diera unos azotes. Y en su discurso de toma de posesión el 20 de enero fue explícito. “Seremos respetados en el mundo entero. No permitiremos más que se aprovechen de nosotros”.

En lenguaje trumpiano eso equivale a decir que no sólo va a poner aranceles a su antojo sino que sus aliados tendrán que aflojar el bolsillo considerablemente en defensa si quieren que el siga apoyándonos; los aliados se están aprovechando de él. Al poco vino la escena del despacho oval, su corte momentáneo de la ayuda a Ucrania y el rumor de que Estados Unidos retiraría parcialmente fuerzas de Europa. El pánico lógico que ha invadido Bruselas conduce a que se hable ya de que resulta inevitable emplear en defensa no sólo el 2, que sólo cumplen al día de hoy 23 de los 31 países de la OTAN, sino el 3%.

Trump, a pesar de su ignorancia supina, coloca a España entre los países Brics y no estoy seguro de que conozca que país descubrió América, puede que crea que fue Italia que no existía en 1492, es sin embargo consciente de quien cumple con la obligación del 2% y en cualquier informe sucinto que le hayan confeccionado verá algo que puede ser reconfortante para un votante de Podemos o de Sumar, pero que escandalizará al Presidente de Estados Unidos, al Pentágono y a la opinión pública de aquel país: de los 31 miembros de la OTAN, España está en el puesto 31 en gastos de defensa. Es decir, el último con un 1,24% según fuentes de la propia OTAN. El argumento de que un aumento repentino del gasto no podría ser absorbido por las fuerzas armadas puede ser endeble. ¿No puede la guardia civil absorber una veintena más de lanchas modernas? ¿Nuestro ejercito del aire diez cazas de última generación.? ¿El de Tierra, escalonados, 50 tanques más? ¿Estamos aprendiendo con drones que se han mostrado imprescindibles en Ucrania? ¿Debería el CNI contratar a 60 técnicos más en ciberataques? Muchos generales y estrategas te dan más ejemplos de objetivos perentorios que cubrir.

Teniendo esto en cuenta y que nuestro gobierno se ha salido del redil europeo en el tema palestino, con una iniciativa que puede en el fondo ser correcta pero que pareció totalmente inoportuna, no es extraño que Sánchez no sea el líder europeo favorito de Trump ni nuestro gobierno el más apreciado en los círculos de poder washingtonianos.

Al quedar expuesto, nuestro presidente ha anunciado que pronto llegaremos, trasnochada y quizás ya insuficientemente, al 2%, desbloqueando partidas presupuestarias y repelando de aquí de allá. Que lo haga sin pasar por el Parlamento dejará indiferente al gobierno estadounidense, después de todo, Trump también es similarmente un ardiente aficionado a utilizar los decretos para “no perder tiempo” (Pilar Alegría dixit) en discusiones parlamentarias donde el diablo las carga, pero dada la reputación de prestidigitador de Sánchez y la visceral irritación de Trump con el asunto del gasto se vigilará cómo los españoles califican lo que se reseña como tal.

Si el gobierno intenta imputar como partidas los regalos a los bomberos que han sacado a personas de ascensores durante el apagón, los gastos en seguridad en la Quema de la sardina de Murcia o en las Fallas de Valencia o, como dice algún mal pensado, el pienso de la cabra de la legión, seremos retratados. Algún periódico norteamericano ya ha advertido que habrá que estar al tanto de cómo se hacen las cuentas en algunos sitios de sur.

Resumiendo, nuestra trayectoria en los temas de defensa no es gloriosa. Y dado que Ucrania es una cuestión rabiosa actualidad, sobre todo porque últimamente no es descartable que Trump cese su ayuda a ese sacrificado país, veamos la conducta española.

El presidente americano falta a la verdad cuando afirma que el ayuda mucho más que Europa a los ucranianos. Es correcto que hace claramente más que cualquier país de nuestro continente pero menos que la Unión Europea en su conjunto (137 mil millones de dólares los europeos frente a 114 mil de Estados Unidos aunque es posible que alguna ayuda logística y de información yanqui no está cuantificada). Siendo esto así la espantada de Washington dejaría un hueco difícil de cubrir por el viejo continente.

¿Como se viene comportando España con Ucrania a pesar de frases triunfalistas? Regular tirando a mal:

- En ayuda en relación al PNB aparecemos el 21 de 25 donantes de la Unión Europea
- En transparencia somos el 39 (?) de 42 donantes mundiales⁴

Como vemos tampoco podemos alardear de liderazgo. Son cifras que casan mal con la frase juvenil del ministro Albares cuando fantasea con que España tiene “en estos momentos más peso internacional que en ningún momento

4 Los datos son de marzo de 2025 del prestigioso “Kiel Institute for the world economy” de Alemania.

de su historia”. No se sabe donde, ¿en Europa, en el mundo, en Iberoamérica, en las relaciones con la gran potencia estadounidense? Es entre hiperbólica y delirante.

Regresemos a lo serio. Putin quiere volver a colocar del todo a Ucrania bajo su hegemonía. Si no absorberla convertirla, al menos, en un estado vasallo como en la época de la guerra fría. Si Estados Unidos se repliega resulta problemático que Europa esté capacitada para reemplazarlos sin, como mínimo, su ayuda logística y de inteligencia. España no parece la más entusiasta si huimos del verbalismo y examinamos los hechos. Ya hemos dado a entender que no estamos por mandar tropas sobre el terreno y hacemos juegos de palabras con el vocablo rearme que no entusiasmarán a Washington. Es igualmente previsible que en Europa habrá otras divisiones y atrasos a la hora de coger el toro por los cuernos.

El día en que entrego estas reflexiones se anuncia que Estados Unidos y Ucrania han llegado a un acuerdo sobre las tierras raras, cuya existencia en Ucrania no está del todo definida. Se trata de un material, básico para muchos armamentos sofisticados, cuya producción mundial y procesamiento está fundamentalmente en manos chinas lo que no es alentador para Washington. El acuerdo, mala noticia para Moscú, por el lenguaje empleado en el anuncio por las dos partes contribuye en principio a reforzar la seguridad ucraniana y a no perder por completo el paraguas estadounidense.

Aunque la noticia sea auspiciosa recordemos que Trump es impredecible. Más que nuestro presidente.

Madrid, 1 de mayo de 2025

BIBLIOGRAFÍA

Guillamon Álvarez, Javier, catálogo de la exposición “FLORIDABLANCA. A la sombra del Rey”. T. II Estudio. Murcia. 2019.

Sylvia L. Hilton, Reyes Calderón y otros: “Legado. España y Estados Unidos en la era de la independencia”. Smithsonian institution y Fundación Consejo España-Estados Unidos.

Charles H. Brown: “The correspondent s war”. Ed. Scribners.

Philip Knightley: “The first Casualty”. Ed. Harcourt Brace Jovanovich.

Gorge Orwell. “Ensayos”. Ed. Debate.

Agustín Remesal: “El enigma del Maine”. Ed. Plaza-Janés.

H.G Rickover: “Cómo fue hundido el acorazado Maine”. Ed. Naval.

Jose Manuel Allende-Salazar: “El 98 de los americanos”.Ed. Biblioteca Diplomática española.

George F. Kennan: “American Diplomacy 1900-1950”. The University of Chicago Press.

“American neutrality and the Spanish civil war”. Ed. Health.

Juan Reglá (con L. Ulloa, E. Camps, F. Camps y M. Reventós): “Historia de España. La casa de Borbón”. Ed. Instituto Gallach.

Melchor Fernández Almagro. “Historia política de la España contemporánea”. Alianza Editorial.

Niall Fergusom: “Coloso”. Ed. Debate.

Herbert Feiss: “From trust to terror”. Ed. Norton.

Inocencio F. Arias: “Los presidentes y la diplomacia” (Plaza-Janés) y “Esta España nuestra” (Plaza Janés).

Andre Fontaine: *History of the cold war*. Ed. Pantheon.

C. L. Sulzberger: “Seven continents and forty years”. Ed. Quadrangle.

Jean Francois Revel. “Diario de fin de siglo”. Ediciones B.

Bob Woodward: “Bush at war”. Ed. Simon and Schuster.

Tony Judt: “Postguerra”. Ed. Taurus.

Antonio Caño: “EE. UU. ¿Primer o Tercer mundo?”. Ed. Espasa Calpe.

Rafael Barberá y Miguel Angel Benedicto: “Estados Unidos 3.0”. Ed. Plaza y Valdés.

Cristina Crespo: “La alianza americana”. Ed. Universidad de Alcalá.

“Webster s guide to American History”. Ed. Merriam.

Juan Carlos Mercado, Editor: “Historical links between Spain and North America”. Ed. Instituto Franklin. Univ. de Alcalá.

Josep Joffe: “Uberpower. Imperial tentation of America”. Ed. Norton.

Serhii Plokhyy: “La guerra ruso ucraniana”. Ed. Península.

Sylvie Bermann: “Madame l Ambassadeur”. Ed. Tallandier.

Contestación al discurso de ingreso como Académico de Honor del Excmo. Sr. D. Inocencio Arias Llamas por la Excma. Sra. D^a. Esperanza Orihuela Calatayud

Excelentísimo Sr. Presidente de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia de la Región de Murcia, Excelentísimos académicos, autoridades, señoras y señores.

Mis primeras palabras han de ser de agradecimiento a nuestro Presidente por haberme encomendado la contestación al discurso presentado por quien ha de convertirse en Académico de Honor de nuestra Corporación y a éste por haber aceptado que así sea.

D. Inocencio Arias Llamas, licenciado en Derecho por la Universidad de Murcia, ingresó en la carrera diplomática en 1967. No era esta la salida profesional que deseaba su familia ni la que el mismo imaginaba cuando estudiaba la licenciatura; todo parecía apuntar en otra dirección: la preparación de oposiciones a notarías. Sin embargo, en Madrid, los colegiales del César Carlos cautivaron su atención e hicieron, no sólo que se iniciara un cambio sobre su opinión respecto de los diplomáticos, sino que aflorara su curiosidad por los asuntos internacionales en la época más dura de la Guerra Fría y que la crisis de los misiles en Cuba le hiciera cambiar de opinión sobre su futuro profesional. Era comprensible. ¿Acaso se puede comparar el estudio de la *dote inestimada* o la distinción entre *hijos legítimos, ilegítimos y naturales* con el dominio de las interesantes materias que componen el temario para el ingreso en la Escuela Diplomática y que hace de los diplomáticos posiblemente los españoles con la cultura más vasta de nuestro país? ¿Acaso puede suscitar más interés la Ley Hipotecaria o la enfiteusis que el dominio de idiomas que da acceso a textos escritos por pensadores extranjeros que permiten abrir la mente a opiniones divergentes?

Los primeros destinos llevaron sus pasos a Bolivia (1969), Argelia (1971) y Portugal (1975). En 1979 fue nombrado Subdirector General de la Oficina de Información Diplomática (OID) y en 1981 Director General de la misma, cargo que se vio interrumpido brevemente por su nombramiento como vicepresidente del Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI).

Entre los cargos dependientes del Ministerio de Asuntos Exteriores cabe destacar su nombramiento en 1988 como subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores y Secretario General de Política Exterior, con el que quedaba incorporado a la comitiva real en los desplazamientos por el extranjero de los Reyes y del Príncipe Felipe. De esa misma cartera ministerial dependía su siguiente nombramiento —Secretario de Estado de Cooperación Internacional y para Iberoamérica— que le llevó a participar en varias cumbres iberoamericanas celebradas en Madrid (1991 y 1992), México (1991) y Salvador de Bahía (1993). No fueron las únicas, pues Inocencio Arias ha participado en otras Conferencias Internacionales relevantes, como la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, en Consejos Europeos, Cumbres de la OTAN, en la de Oriente Medio o en la Cumbre del Movimiento de Países No Alineados.

Con una breve escala en la dirección de un equipo español del fútbol de élite, hoy en horas bajas, Inocencio Arias fue designado en 1997 Embajador Permanente de España ante las Naciones Unidas, destino en el que permaneció hasta 2004. De su estancia en Nueva York cabe destacar que fue Presidente de la Asociación de Embajadores ante la ONU y del Comité Mundial contra el Terrorismo. El nombramiento de España, por cuarta vez, como miembro no permanente del Consejo de Seguridad (bienio 2003-2004)¹, llevó a Inocencio Arias a ocupar uno de los asientos de la sala decorada con el mural pintado por el artista noruego Per Krohg que simboliza la lucha por la paz y el renacimiento del mundo después de la guerra. Unas imágenes que deberían recordar a los miembros del Consejo que, como establece el art. 24 de la Carta de las Naciones Unidas, su responsabilidad primordial es el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

Su experiencia diplomática ha quedado plasmada en sus escritos. Inocencio Arias es autor de numerosos artículos y varios libros, entre los que destacan títulos tan sugerentes como, *Confesiones de un diplomático* (2006), *La trastienda de la diplomacia: De Eva Perón a Barack Obama, 25 encuentros que cambiaron*

1 España ha sido nombrada miembro no permanente del Consejo de Seguridad en cinco ocasiones. Fue durante los bienios 1969-1970, 1981-1982, 1993-1994, 2003-2004 y 2015-2016.

nuestra historia (2010), escrito con Eva Celada, *Los Presidentes y la diplomacia: me acosté con Suárez y me levanté con Zapatero* (2012), *Yo siempre creí que los diplomáticos eran unos mamones* (2014), posiblemente su libro más personal, *Con pajarita y sin tapujos: De la superioridad moral de la izquierda a las ocurrencias de Trump y el problema nacional* (2019) y *Esta España nuestra: mentiras, la nueva Guerra Fría y el tabúr de Moncloa* (2021).

Como buen diplomático, Inocencio Arias, se ha comprometido con la formación de universitarios y potenciales agentes de la acción exterior de nuestro país y ha sido profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense y en la Carlos III de Madrid.

El excelente discurso con el que nos ha deleitado nuestro nuevo Académico de Honor es, como el mismo, único y original. En él, Inocencio Arias ha trazado una panorámica general de las relaciones hispano-estadounidenses desde el siglo XVIII hasta nuestros días, con especial atención al papel desempeñado por España en momentos clave del desarrollo de los Estados Unidos como potencia global a lo largo de, recordemos, sus escasos doscientos cincuenta años de existencia.

Su lectura nos ha permitido comprobar que las relaciones hispano-estadounidenses han estado marcadas por una mezcla de estrecha cooperación y tensiones o divergencias de intereses. Teniendo en cuenta esta combinación me gustaría contestar a este discurso haciendo referencia a algunas de sus perlas por él planteadas que sugieren nuevas perspectivas de nuestra historia.

Sin duda alguna, las luces han sido más abundantes que las sombras y se han manifestado en forma de nuestro apoyo a la independencia de las trece colonias y en la cooperación entre los dos países tanto bilateralmente como multilateralmente.

El aislamiento al que fue sometido nuestro país por los miembros de las Naciones Unidas, se rindió pronto a los intereses estratégicos de los Estados Unidos. En 1951 se nombró al Embajador de EE. UU. en España; en 1953 se concluyó el Acuerdo que hizo viable la presencia de las Bases norteamericanas en España, y en 1955 España se incorporó a las Naciones Unidas.

La cooperación multilateral se ha efectuado institucionalmente en el seno de las Organizaciones Internacionales en las que ambos Estados han participado, en particular en el seno de Naciones Unidas y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Sin duda alguna, un buen ejemplo de lo primero fue la respuesta que dieron los miembros de la ONU a la invasión de Kuwait por Iraq. En ella se pudo comprobar cuál era el resultado de la aper-

tura que se estaba produciendo en la entonces URSS, esto es, la adopción de la Resolución 678, de 29 de noviembre de 1990, del Consejo de Seguridad que autorizaba a los miembros de la ONU a utilizar todos los medios necesarios para restablecer la paz y la seguridad en la región. Posiblemente la euforia por haber evitado el veto de la URSS hizo que el primer Presidente Bush afirmara que la guerra fría había terminado, pues la Unión Soviética se había unido a la condena de Iraq. Todo fue un espejismo. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas y el Pentágono y el hecho de que se considerara que sólo había una gran potencia en el mundo, nos hicieron volver a la realidad.

Otras manifestaciones de cooperación multilateral se han producido al margen o sin la necesaria autorización de las instituciones internacionales. Así se han escrito las páginas más oscuras de la política exterior de Occidente que han permitido comprobar que, tanto España, como los miembros de la Unión Europea, siempre han bailado al son que tocaba Estados Unidos y su práctica del unilateralismo.

Las sombras en la relación hispano-estadounidense están relacionadas con el ocaso de España como gran potencia y por el aislamiento al que fue sometida después de la II Guerra Mundial.

Como se ha indicado, el declive de España como gran potencia se produce de forma sincrónica con el auge de Estados Unidos en la escena internacional. Mientras España perdía sus últimas colonias en América y Asia —Cuba, Filipinas, Puerto Rico y Guam—, Estados Unidos ampliaba su territorio. La historia del continente americano durante el siglo XIX estuvo unida a la doctrina Monroe, que, bajo el eslogan de América para los americanos, varió de rumbo al vincularse con la doctrina del “destino manifiesto”. Ahora, por derecho divino y, obviamente, con apoyo de la fuerza armada, América era para los norteamericanos. Una doctrina que parece haber revivido con ampliación de sus límites geográficos, en los primeros días de la Presidencia de Donald Trump.

El siglo XX consolidó a Estados Unidos como gran potencia mundial, aunque su hegemonía se manifestara sólo en las cuestiones de su conveniencia: Estados Unidos se ha desmarcado de la consecución de objetivos que interesan, no sólo a nuestro país y los miembros de la Unión Europea, sino a la sociedad internacional —cambio climático o lucha contra la impunidad de quienes cometen crímenes internacionales— a sabiendas de que sin su apoyo o, lo que es peor, con su oposición, resultan inalcanzables. Es en este siglo localizamos otra de las máculas de la relación entre España y Estados Unidos: la adopción de la

Resolución 39 (I) de la Asamblea General de las Naciones Unidas (AGNU) con la que se recomienda a los miembros la retirada de los Embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid. Entre los treinta y cuatro Estados que votaron a favor se encontraba Estados Unidos. Una lectura atenta de la misma permite advertir que en su motivación hay razones que van más allá del apoyo de nuestro gobierno a los países del Eje.

Vivimos tiempos convulsos y las relaciones de Estados Unidos con los miembros de la UE, en general, y España, en particular no pasan por su mejor momento. La llegada del presidente Trump a la Casa Blanca ha movido los cimientos de una relación que considerábamos muy sólida y con la que habíamos confiado nuestros intereses y nuestra defensa al apoyo y al poder militar de nuestros aliados en la OTAN, especialmente de Estados Unidos. En unos meses hemos tenido que asimilar que nuestro gran aliado ya no es fiable, que se expresa con desprecio hacia los valores que se habían edificado sobre los cimientos de las Naciones Unidas y reniega de algunos de ellos, como la igualdad soberana; la integridad territorial de los Estados, o el principio de no intervención en los asuntos internos de los Estados.

De nuevo estamos en una encrucijada que va más allá de la que se cierne sobre las relaciones hispano-estadounidenses. La alternativa está clara, o mantenemos los éxitos cosechados hasta ahora y avanzamos en la consecución de los valores comunes, o tomamos la senda que marcan las fuerzas que actualmente dominan la sociedad internacional y que parece habernos ubicado en la habitación del pánico.

El mundo necesita nuevas visiones de política internacional y, sobre todo, decisiones consensuadas. La solución a las graves crisis planteadas en la sociedad internacional, como las de Ucrania o Gaza, y la respuesta a los grandes retos a los que han de responder los miembros de la sociedad internacional —paz, hambre, explosión demográfica, agotamiento de los recursos naturales, cambio climático, delincuencia organizada, y un amplio etcétera— sólo se pueden resolver mediante la cooperación internacional y ésta mejoraría con el refuerzo de las instituciones internacionales haciéndolas más representativas, lo que no ha de entenderse como ser insensibles a la realidad del poder. Pero los más poderosos no han de estar por encima de la legalidad internacional ni sus pretensiones pueden imponerse unilateralmente a los demás. Ahora falta que podamos conseguirlo. Puede ser inalcanzable, pero no lo es iniciar los pasos para intentarlo.

La incorporación de Inocencio Arias a la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia ha de animar el debate sobre las cuestiones internacionales con la participación de una de las voces más autorizadas de la diplomacia española y debemos congratularnos de ello.

Felicidades, Inocencio, y bienvenido a esta Corporación.

